

R A Ú L



Raúl es un asceta. No es todavía un anacoreta pero todo llegará. También tiene una vena mística a lo sufí, claro. Místico, asceta y anacoreta y sin embargo su visión de la realidad real, no la virtual al uso, es la de un observador cosmopolita, eso sí, crítico. No en vano es un gran admirador de María Zambrano. Los intentos de Raúl por no comprometerse con las futilidades de este mundo, son infructuosos.

Él, insisto, es un asceta y su casa-estudio no tiene nada que envidiar a la celda de un carmelita, pero no puede evitar que esas futilidades penetren por sus ojos. Para vengarse de esa humillación, las devuelve en forma de incómodas metáforas visuales, que a pesar de los distintos aspectos formales que pueden adoptar, son todo menos inocentes.

Si con sus malditas y hábiles manos, de “dibujante de historietas” como dice él con una modestia que no es falsa sino todo lo contrario orgullosa, hace lo que quiere porque puede, no es ese su mérito. Tampoco es la calidad formal de su trabajo en donde podemos encontrarlo, ni en el *continente*. En donde él se vuelca es en el *contenido*. Las imágenes que él produce no son meras ilustraciones de un texto ajeno sino opiniones propias sobre el mismo. Encontramos en ellas la misma ferocidad que en el Beato de Liebana recreando el Apocalipsis. Es la secreta venganza de quien ha hecho de la ética su bandera, de quien no concibe una estética sin ética.

PERET

(Introducción del libro “Raúl, cuaderno perplejo”. Editions Amok. París, 2002).